

Ayer por la tarde estaba en la cárcel de Story County. Un joven del cual me voy a referir como Juan, que tiene dieciocho años y quien he conocido por varios años, fue detenido y llevado a la cárcel. La policía encontró dos bolsitos de marihuana en su carro. Sus padres me llamaron y, mientras su madre me decía lo que ellos sabían acerca de la detención, ella dijo, «Él dice que no cree en Dios, pero creo que estará dispuesto a verle si usted puede visitarlo. Me alegro de que fui a verlo porque una de las cosas que él me dijo bien pronto durante nuestra visita fue, «Creí que estaba abandonado. Creí que nadie vendría para verme». Mi respuesta fue, «Juan, tu no estás abandonado». Me dijo, «Yo sé. Tú viniste».

Me recordé de una conversación que tuve esta semana cuando alguien me preguntó sobre el ministerio de un diácono en la Iglesia Católica. Una cosa que me preguntó fue, «¿Es usted un ministro sólo para Católicos? ¿Le pregunta usted a la gente si son Católicos?» Mi respuesta fue, «No, nunca lo pregunto. Si una persona está sufriendo, esto es todo lo que importa».

El veintisiete de marzo durante una audiencia papal, Papa Francisco dijo,

Dios piensa como un samaritano que no pasó el desafortunado hombre, teniendo lástima o mirando a él del otro lado del camino, pero lo ayudó sin pedir nada a cambio; sin pedir si él era un judío, un pagano, o un samaritano, si era rico o pobre. No pidió para nada. Él fue a ayudarle. Dios es como esto.

Dios es como esto, y así son aquellos que lo siguen. Los profetas de Dios y Dios sí mismo se muestran a ser como esto en las lecturas de hoy. Yo quisiera recordarles que en las Escrituras un profeta no es solamente una persona que predice el futuro. Una persona que predice el futuro se conoce como un augur o adivino. Un profeta habla en sus palabras y sus acciones el mensaje de Dios. Y el mensaje de Dios en las lecturas de hoy es claramente que Dios y, así, los profetas de Dios muestran la compasión a aquellos que están sufriendo. En nuestro Evangelio de hoy el mensaje es claro: Jesús tiene compasión por las personas en sus necesidades. No estaba en la ciudad Naím para desempeñar una acción milagrosa, pero cuando vio a la viuda cuyo hijo había muerto,

Homilía del 9 de junio de 2013

«se compadeció de ella» y trajo a su hijo a la vida. Era esta acción que causó que aquellos que estaban con él dijeran sobre él: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros». Elías no fue a la casa de la viuda para ministrar a la viuda y a su hijo. Fue allí para alimentos durante una hambruna. Pero cuando la mujer en su dolor apeló a él, Elías le gritó a Dios diciendo: «Devuélvele la vida a este niño», y así sucedió. Entonces la mujer dijo: «Ahora sé que eres un hombre de Dios y que tus palabras vienen del Señor».

Una y otra vez, he visto su preocupación por los demás, su compasión. Nunca olvidaré su generosidad a la gente de Marshalltown y Postville después de las redadas de inmigración. Recuerdo también sus oraciones y sus amabilidades para mí y Padre John. En estas acciones ustedes son los profetas de Dios. Pero no son sólo estas acciones de generosidad y bondad que les hacen los profetas de Dios. En cualquier momento ustedes saben de alguien en necesidad, ustedes responden, y cuando ustedes ayudan a un ser humano que está en la necesidad, son los profetas de Dios. Cuando ustedes responden con consideración y bondad, ustedes son los profetas de Dios. Es a través de nuestras palabras compasivas y acciones que otra gente ve qué tipo de Dios adoramos. Al igual que la acción de Jesús es el foco de nuestro Evangelio de hoy, así Jesús debe ser el foco de cada una de nuestras vidas.

En nuestra fe católica, celebramos la Eucaristía en la cual Jesús, ahora Señor resucitado, está presente y nos da a sí mismo tan completamente que compartimos su vida humana-divina. La implicación de esta buena noticia cambia nuestras vidas. Esta implicación es sintetizada en las palabras de San Pablo: «. . . ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Lo que vivo en mi carne, lo vivo con la fe: ahí tengo al Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí» (Galatas 2:20). Que estas palabras sean nuestras palabras además de aquellas de San Pablo.